

Núm. 8.



EL FRAILE FINGIDO.

NUEVO Y CURIOSO ROMANCE, EN QUE SE MANIFIESTAN los excesos de un amor profano, y hasta donde llega el ardid, las astucias y cautelas de las mugeres.

Primera parte.

Cuando el Sacro Autor Supre-
crió los Cielos y tierra, (mo
las aves, brutos y peces,
las plantas, flores y yervas;
hizo superior al hombre,
para que domine y sea
en superlativo grado,

aun señor de las Estrellas.
Tambien crió á la muger,
la cual para urdir cautelas,
finge á las veces un llanto,
vertiendo unas falsas perlas,
con que conmueve y ablanda
los corazones de piedra,

si no, para desengaño,
y de lo que digo prueba,
présteme el noble auditorio
grato oído y vista atenta:
Crióse en cierta Ciudad,
que no conviene se sepa
la mas hermosa muger
que copió naturaleza.
Llamábase Doña Eufrasia,
de tan bella gentileza,
que por toda la Ciudad
y por su circunferencia,
la llamaban el milagro,
para mas bien conocerla.
Llegó á ver su edad florida
diez y siete primaveras,
cuando ya los pretendientes
copia sin número eran,
que siempre las hermosuras
tienen la basa primera;
y entre los muchos fue uno
de su agrado y complacencia,
mas no en su familia toda,
pues de nadie gusto era,
por ser muy pobre: mal haya
este borron de pobreza
qué mal visto es en el mundo,
pues aunque tenga nobleza,
en teniendo este defecto,
no hay quien no lo vitupera.
Amábanse tiernamente
con amistad muy estrecha;
y recelando sus padres
que aqueste amor prosiguiera,

determinaron casarla,
buscando sus conveniencias,
con un Mercader muy rico,
para que á gusto viviera:
obligacion que los padres
hagan estas diligencias,
pues jamás la juventud
miró causas venideras;
y como en las mas mugeres
se ve poca subsistencia,
se ladeó à pocos golpes,
mas sin perder la frecuencia
hácia el amante primero;
y su casamiento ordenan
con el dicho Mercader,
no con voluntad perfecta,
pues por dar gusto à sus padres
otorgó por la obediencia.
Y para que su querido
tolerara aquella pena,
lo animó con la esperanza
que luego que esposo tenga,
le pagaría su amor
con grande magnificencia.
Con esta consolatoria,
el dicho amante se alienta
deseando que las bodas
con gran prontitud se hicieran.
Por último se casaron,
y ella alegre y placentera,
sin mostrar menor disgusto,
albricias daba à su estrella.
O manzanas de Sodoma!
que en lo exterior todas muestran

particular hermosura,
y en lo interior cenicientas.
Asi fue esta falsa Circe,
ó encantadora Sirena,
comenzando desde luego
à ser manjar de dos mesas,
que cuando una muger quiere
no es dable que la detengan
las mas fuertes cerraduras,
aldabas, llaves y puertas
porque cuando son mas falsas
mas fácilmente falsean.
Con sigiloso secreto,
y sin que nadie lo viera
entraba, porque en la casa
no habia mas que una vieja,
y un esclavo que servia
para traer la despensa,
que cuando el Sol se ponía
los dos el Sol puesto eran.
Mas por algunos indicios,
tomó el marido sospecha,
mas no averiguaba nada,
aunque hacia diligencia;
disimulaba y callaba,
por ser mucha su prudencia
que no es bien que ningun hombre
le dè de sus zelos cuentas
à la muger, porque es darle
las luces, para que sea
lo que quizas no imagina,
ni en su pecho tal posea.
Por lo cual con gran secreto
hizo una llave maestra,

que la sala y dormitorio
abria con gran presteza.
Y ya con este seguro,
hechas estas diligencias,
fingió un dia con su Esposa,
diciéndole que era fuerza,
el hacer cierto viage
que le tenia gran cuenta;
de lo que ella pesarosa
fingia sentir su ausencia.
Se llegó el dia y la hora
en que à su viage fuera,
y muy bien apercebido
de armas para su defensa,
dejando à su Esclavo dicho,
que á la noche venidera
estè alerta y sigiloso,
porque en llamando à la puerta
le abra con todo secreto
sin que la tierra lo sienta.
Encargado en el secreto
quedó con toda obediencia;
y á la hora de partirse
se despidió con ternezas
de su Esposa, y al instante
vino como una saeta
el ya referido amante,
con la seguridad cierta
de no haber ningun estorbo
que sus gustos impidiera.
Se acostó bien descuidado
en el lecho á pierna suelta,
y al punto de media noche,
cuando todo está en tinieblas,

**llegó el Marido y llamó,
y el esclavo que esta alerta
le abrió la puerta y entró,
subió por las escaleras,
llegó hasta su propia cama,
y vió dos bultos en ella,
donde con mas certidumbre
pudo averiguar su afrenta;
y aunque lo cegó el enojo,
se valió de la prudencia,
no queriendo que estas almas
perdiesen la vida eterna.
Se fue al cuarto del esclavo,
y lo halló que estaba en vela,
diciéndole con voz baja,
que lo mas breve que pueda
vaya al prócsimo Convento
de los Padres de la Regla
del Seráfico Francisco,
y dé el Guardian licencia
á un Religioso que vaya
á confesar á una enferma,**

**que en artículo de muerte
está, y no se detenga.
Salió con este pretesto,
y él se quedó en centinela
á la puerta de la sala,
á fin que no se le fueran,
que las manchas del honor
se curan, limpian y asean
con sangre, que es el remedio
de mas importancia y fuerza.
Aquí es bien que los dejemos
cada cual en su tarea,
á los dos en sus delicias,
al Mercader puesto en vela,
y al esclavo en su mandado,
hecho en la calle estafeta;
entre tanto que Morales
queda cabilando ideas,
para que quede bien todo,
sin que al crédito se ofenda.
Y en otra segunda parte
dará por estenso cuenta.**

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

SEVILLA:

Imprenta de la Viuda de Caro.